

De la Europa conquistadora a la Europa conquistada

Alain de Marolles

Con el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, hace más de quinientos años, Europa se dotó de los medios para una hegemonía que el Viejo Continente iba a ejercer sobre el mundo hasta un período reciente, a pesar de la persistencia de sus divisiones.

Los progresos materiales derivados de los nuevos avances en la agricultura y la industria; los radicales cambios económicos y sociales originados por el nacimiento y desarrollo del mundo industrial; y el crecimiento demográfico han contribuido a generar flujos migratorios procedentes de Europa, y los han hecho dirigirse hacia el resto de los continentes para conquistar nuevos espacios vitales. América fue el principal continente de acogida de esos nuevos emigrantes; por otra parte, la aparición de los imperios coloniales aceleró los movimientos hacia África y Asia.

Las dos guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945), iniciadas en el Viejo Continente y que, de hecho, demostraron ser dos guerras civiles europeas conducidas a escala mundial, supusieron el debilitamiento de Europa y el fin de su hegemonía, provocando el nacimiento y desarrollo de movimientos de independencia en los imperios coloniales.

El flujo migratorio se ha invertido, dirigiéndose ahora de las antiguas colonias hacia las metrópolis, es decir, hacia Europa. El subdesarrollo persistente de los nuevos Estados, que frecuentemente accedieron a la soberanía internacional sin haberse preparado realmente para ello, junto con un crecimiento demográfico galopante que contrasta con un descenso de la natalidad en los países colonizadores, ha creado una auténtica presión –que corre el riesgo de crecer en los próximos años– a través de las mismas vías que antes, pero en sentido contrario, y con cifras mucho más importantes que en la fase anterior.

La caída del mundo comunista y sus consecuencias; el nacimiento y posterior desarrollo de múltiples conflictos étnicos con sus implicaciones y efectos en cadena; y la ruptura del sistema económico del bloque socia-

Alain de Marolles, general en la reserva, es diplomado en Altos Estudios Internacionales, dedicado actualmente a su especialidad en asuntos africanos. Durante el septenio de Giscard d'Estaing fue director del Servicio de Información del Ministerio de Defensa. Ha publicado *El ultimátum*, en editorial Plon, París, 1984.

lista, con la consiguiente caída de las economías de Rusia y Europa del Este y el descenso del nivel de vida de sus ciudadanos, son nuevas razones susceptibles de provocar nuevos desplazamientos de poblaciones, pero esta vez de Este a Oeste.

Hoy, los europeos deben reflexionar sobre el problema de los flujos migratorios. Para captar bien su sentido hay que empezar por tener en cuenta en todas sus dimensiones la herencia de la historia, precisando lo que este fenómeno demográfico ha aportado al papel del continente europeo en el mundo moderno. A continuación, hay que analizar las razones por las que el movimiento se invirtió y, por último, elaborar un plan de futuro para evitar que Europa pase de conquistadora a conquistada.

El auge de Occidente

En los siglos XVIII y XIX, nació en Europa una dinámica cuyo origen se encuentra en el progreso técnico y económico que contribuyó a estructurar la sociedad industrial, junto con otros factores geográficos, culturales, sociales y políticos.

El “milagro europeo” se vio acompañado de una verdadera explosión demográfica, del progreso de la agricultura, de la higiene y de la medicina, que contribuyeron a reducir la mortalidad mientras que la natalidad continuaba siendo muy elevada. La revolución industrial provocó un aumento sostenido de la productividad que, a su vez, originó un crecimiento de la riqueza nacional y del poder adquisitivo. Estos diferentes factores favorecieron el crecimiento de la población en el continente europeo: 100 millones de habitantes en 1700; 140 millones en 1750; 187 millones en 1800; 266 millones en 1850; 423 millones en 1900; un 19 por cien de la población mundial en 1790; un 25 por cien en 1850; y un 27 por cien en 1900. Durante el siglo XIX, la esperanza de vida se dobló en el Viejo Continente, pasando de 25 a 50 años.

La explosión demográfica fue de tal magnitud que una parte de Europa sólo pudo adaptarse a ese exceso de población a través de la búsqueda de otros espacios vitales, búsqueda que provocó el nacimiento de una corriente de inmigración que terminaría adquiriendo las proporciones de una verdadera oleada migratoria.

En el siglo XIX, setenta millones de emigrantes abandonaron el Viejo Continente. El análisis por países de la evolución de la corriente migratoria muestra que estaba frecuentemente vinculada a las crisis de la nueva sociedad, especialmente durante las primeras décadas del siglo.

Al comienzo del movimiento, Inglaterra experimentó una emigración masiva. Después de 1845, este movimiento aumentó desde Irlanda, afectada por la hambruna. Las siguientes cotas máximas se alcanzaron en 1850, 1870 y 1885; los emigrantes provenían mayoritariamente de Gran Bretaña y de Alemania, concretamente de Sajonia y del Bajo Wurtemberg. El desarrollo de una economía social más allá del Rin logró parar en parte la corriente germánica. La siguiente oleada se desarrolló durante 1885,

con origen en Escandinavia. Después de 1900, las oleadas provinieron de Italia y del mundo eslavo, afectados por la crisis.

Europa, en busca de un nuevo espacio vital, dirigía su exceso de población hacia todos los puntos cardinales. El principal flujo se dirigió hacia la tierra prometida de América. Se batieron todos los récords demográficos: al final del siglo XIX, ya vivían ocho millones de habitantes de origen europeo en Estados Unidos; a lo largo del siglo llegaron al país otros 39 millones de europeos. Estados Unidos, que contaba con una población de dos millones de habitantes en 1750 y de cuatro millones en 1800, pasó de 33 millones en 1850 a 63 millones en 1900.

Canadá, por su parte, acogió a nueve millones de expatriados procedentes de Europa, y Latinoamérica recibió a trece millones de europeos originarios generalmente del sur de Europa, en especial de España. Dos millones de italianos, españoles y franceses se dirigieron al Magreb y al resto de África, sin contar a los que, partiendo de Inglaterra, marcharon a Suráfrica. Australia y Nueva Zelanda asistieron al desembarco de tres millones de hombres, mujeres y niños que provenían en su mayoría del mundo anglosajón. Durante la misma época, Siberia dobló su población a consecuencia del desplazamiento de los rusos de Oeste a Este.

El crecimiento demográfico del Viejo Continente que, a comienzos del siglo XX, representaba más de un cuarto de la población mundial, la importancia de los movimientos demográficos y su reparto en todas las direcciones contribuyeron en gran medida a asegurar el poder de los europeos y su influencia sobre el resto del mundo. La primera consecuencia de esta evolución fue que se trazó un mapa político, económico y demográfico de un nuevo mundo, en beneficio de Europa. El nacimiento y el desarrollo de los imperios coloniales de las principales potencias europeas crearon nuevos espacios en cuyo interior se estructuraron los vínculos políticos, económicos, culturales y demográficos que perduran incluso tras el fin de aquellos imperios. Se establecieron auténticas corrientes de circulación de personas y redes de intercambio de bienes y servicios entre las metrópolis y sus dominios en el exterior. Estas vías siguieron activas incluso después de que la relación de las fuerzas y los intereses cambiaran con la descolonización.

Como se observa al principio, las dos guerras europeas que degeneraron en sendas guerras mundiales trajeron consigo el declive del Viejo Continente y el aumento del poderío de dos imperios mundiales: la URSS y EE UU. Esos dos conflictos trajeron también como consecuencia la descolonización y el acceso a la soberanía internacional de numerosos Estados, muchos de los cuales –especialmente en África– demostraron ser poco viables política, étnica y económicamente, así como culturalmente. En la mayoría de los casos, la descolonización política no se vio seguida de una descolonización económica, y en esas condiciones los países han continuado viviendo en las esferas de influencia de las antiguas metrópolis, de las que han seguido siendo, en realidad, más o menos dependientes. La división del mundo en dos bloques agravó aún más la situación.

Este es el contexto político en el que tienen lugar, y en el que han evolucionado, las relaciones demográficas entre el Sur y el Norte y, más con-

cretamente, entre África y el mundo árabe por un lado y Europa occidental por otro. La misma observación puede hacerse con respecto a América del Norte y América del Sur. En cambio, Asia se ha desmarcado más claramente de este modelo de relaciones.

En la medida de lo posible, las viejas metrópolis han seguido manteniendo en sus antiguas colonias estructuras económicas y comerciales constituidas por europeos expatriados, para asegurar la continuidad de su presencia física.

Cambio radical de la situación

En el transcurso de treinta años gloriosos (las décadas de los cincuenta, los sesenta y los setenta), la baja tasa de natalidad del Norte, y más concretamente de Europa, limitó los efectivos de población activa disponible y generó la imposibilidad de responder sobre el terreno a la demanda de mano de obra, en una época en la que el crecimiento se desarrollaba por oleadas sucesivas, creando nuevos empleos que no se podían cubrir por falta de candidatos. Fue en estas circunstancias cuando los gobiernos, empresarios y sindicatos de los países europeos se decidieron a recurrir a una nueva mano de obra generalmente más barata, procedente del Sur.

Así fue como, utilizando las reservas demográficas de las antiguas colonias, provocaron la aparición y el posterior desarrollo de una corriente migratoria en sentido inverso. Un movimiento similar tuvo lugar entre América del Sur y América del Norte.

Esta evolución se produjo al mismo tiempo que los países del Sur se desarrollaban demográficamente y se empobrecían materialmente. África contaba con doscientos millones de habitantes en 1960; hoy cuenta con seiscientos millones y no representa más que el uno por cien del comercio mundial.

La corriente original se invirtió por completo y los movimientos migratorios comenzaron a partir de entonces a funcionar en sentido inverso, en dirección a Europa. Países como Gran Bretaña, Alemania o Italia, que habían dado salida a su excedente de población hacia América, o naciones como Francia u Holanda, que habían sido más moderadamente afectadas por ese movimiento, recurrieron a los trabajadores procedentes de las antiguas colonias para rellenar los huecos. Estados como España, que seguían expatriando un importante contingente de mano de obra, comenzaron a su vez a acoger a trabajadores inmigrantes. Portugal y Grecia siguieron el mismo modelo.

Se ha producido un ingente problema entre el Norte y el Sur: en 1990, la Comunidad Europea contaba con doce millones de trabajadores inmigrantes y Estados Unidos con veinte millones.

En el transcurso de las décadas de los setenta y los ochenta, este movimiento se intensificó y aparecieron minorías estructuradas. A los trabajadores inmigrantes se unieron sus familias como consecuencia de leyes que favorecían su reunificación, como ocurrió por ejemplo en Francia durante los

años setenta. En el Sur se han incrementado la miseria y el caos, favoreciendo la llegada de nuevos inmigrantes legales o clandestinos gracias a las redes creadas durante el período anterior. Los inmigrantes más antiguos tienden a integrarse y después a arraigarse, excluyendo toda posibilidad de regreso. Esta situación se produce en el mismo momento en que Europa se ve marcada por la recesión, y la oleada de desempleo les afecta de lleno, teniendo en cuenta el lugar que ocupan en la sociedad. Al sentirse excluidos y a veces amenazados por una opinión pública que no les perdona su presencia, tienden a replegarse en guetos en los que pretenden recrear una solidaridad que les falta.

Las cifras alcanzadas en diferentes países de Europa son significativas: en 1989, Alemania contaba con 4.800.000 extranjeros, entre ellos 1.600.000 turcos, es decir, el siete por cien de su población; Bélgica tenía 800.000 extranjeros, es decir, el nueve por cien de su población; Francia tenía 3.600.000, de los que 1.600.000 eran procedentes del Magreb, o sea, el 6,8 por cien de su población; en Gran Bretaña había 1.800.000, es decir, el 1,3 por cien de su población.

En el transcurso de los años ochenta, al adquirir conciencia tardíamente de las peligrosas consecuencias de la falta de una política de inmigración, la mayoría de los Estados europeos intentó reaccionar, cada uno a su manera. No fue hasta más adelante, en 1985, cuando firmaron los acuerdos de Schengen con los que intentaban coordinar sus políticas en este ámbito. Por otra parte, esos acuerdos parciales se completaron en junio de 1990 con una convención cuyo objetivo era armonizar las modalidades de aplicación y sus dispositivos.

Los Estados europeos, presos de sus legados históricos y culturales, limitados por instrumentos jurídicos casi siempre inadaptados a la nueva movilidad de las personas, desestabilizados por el desarrollo de la violencia social, por el auge del racismo, del desempleo y por las reivindicaciones de los inmigrantes minoritarios, no acaban realmente de elaborar una política equilibrada y a largo plazo en esta materia. Casi siempre se quedan atascados en la redacción de textos jurídicos y reglamentarios con vistas a controlar y limitar el flujo migratorio a corto plazo.

Sin embargo, lo importante y decisivo para el futuro es el control de las tensiones demográficas internacionales y de sus efectos a largo plazo (próximo siglo). Una verdadera política se hace especialmente necesaria porque hay varios factores que se conjugan, se entrelazan e interactúan para constituir una situación compleja en este terreno que requiere un análisis sistemático.

Europa occidental evoluciona hacia un estancamiento demográfico. La tasa de fecundidad ha pasado de 2,8 en 1965 a 1,6 en 1985, es decir, que ha experimentado una caída de un 42 por cien. Desde los años ochenta, la Comunidad Europea fue la zona de más baja fecundidad del planeta. Por el contrario, en los países del Tercer Mundo la demografía se ha disparado y el subdesarrollo se ha agravado. El caso es especialmente paradigmático en África, donde la crisis política, económica y social es total, y un futuro que ya no es previsible puede generar oleadas migratorias semejantes a invasiones.

A la inestabilidad del Sur se suma hoy la inestabilidad del Este, tras la caída del mundo comunista, la multiplicación de los conflictos y la desintegración de las economías. Estos nuevos desequilibrios que se apoderan del continente constituyen una amenaza inminente que puede traducirse, tarde o temprano, en un verdadero desplazamiento de la población hacia Occidente.

La amenaza de los movimientos migratorios y los peligros más probables están en las líneas divisorias que separan a los pueblos desarrollados y ricos, que gozan de un crecimiento derivado de la productividad, y cuya demografía está estancada, de los pueblos pobres excluidos de este sistema, cuya demografía se dispara. Hay que vigilar dos líneas estratégicas particularmente sensibles: una en dirección Norte-Sur, y otra en dirección Este-Oeste.

La primera línea divisoria es la constituida por la frontera septentrional de México, que se extiende a lo largo del río Grande y se prolonga por la costa estadounidense del golfo de México. El producto interior bruto (PIB) por habitante es siete veces más elevado al norte de esa línea que al sur, mientras que el crecimiento demográfico es dos veces más rápido en el Sur que en el Norte. Los estadounidenses han puesto en práctica una estrategia muy hábil y bien adaptada al problema al incluir a México en el Tratado Norteamericano de Libre Comercio (TLC), que permite, aparte de un efecto de escala interesante para Estados Unidos, favorecer el desarrollo de México y hacer que su población se mantenga en el país.

La segunda línea divisoria se sitúa en el Mediterráneo, entre Gibraltar y Estambul. El PIB por habitante es 15 veces más elevado en el Norte que en el Sur, mientras que el crecimiento demográfico es ocho veces superior en el Sur. A diferencia de Estados Unidos, la Comunidad Europea se caracteriza por la ausencia de una política hacia el Magreb y hacia el mundo árabe en general. La suma de políticas nacionales a menudo divergentes, rara vez convergentes, priva a su actuación de toda coherencia. Es un error histórico no constituir un verdadero polo Sur-Oeste del continente (España, Portugal, Francia, Italia) que ponga en práctica una política de desarrollo de la cuenca occidental del Mediterráneo.

La tercera línea divisoria que constituye una zona estratégica en cuanto a movimientos migratorios ha aparecido al este de la Comunidad Europea con la caída del mundo comunista y la crisis económica de los países del Este. Esta vez el peligro no se deriva de una presión demográfica, sino de los movimientos de una población que puede verse inducida a huir de las regiones arrasadas por las guerras civiles y el hambre. En 1945, quince millones de alemanes y cinco millones de polacos huyeron o fueron expulsados por el avance del ejército soviético en Europa. Hoy, la existencia de minorías en casi todos los países que acaban de recuperar su independencia constituye una amenaza de guerra civil por conflictos étnicos.

Aparte de la actual situación causada por las minorías de Bosnia –musulmana, croata y serbia– que ha desplazado a dos millones y medio de personas que viven en condiciones de supervivencia precaria, existen múltiples situaciones análogas en Europa central y en el territorio del an-

tiguo imperio soviético. Señalemos a título de ejemplo a los húngaros de Rumania, que son 2.900.000 y constituyen el nueve por cien de la población; a los húngaros de Eslovaquia, que son 600.000 y constituyen el cinco de la población; a los turcos de Bulgaria que son 700.000, o sea el ocho por cien de la población; y a los rusos de Ucrania, 10.900.000, es decir, el 18 por cien de la población.

En el tipo de conflictos que pueden producirse en el Este y generar importantes desplazamientos de población hacia Occidente es mucho más importante prevenir que curar ya que, como sucede con el sida, aún no disponemos de un tratamiento realmente adecuado. El planteamiento consiste en elaborar una política inicial cuyo objetivo sea evitar de antemano las situaciones que puedan conducir a conflictos internos por una aplicación abusiva e incontrolada del derecho a la autodeterminación que pueda llevar a la instauración de Estados inviables desde un punto de vista étnico, político o económico. Por consiguiente, convendría considerar que la ley de la democracia mayoritaria ya no es viable hoy en día, sobre todo para los conjuntos económicos, sociales o étnicos de carácter mixto, pero que los valores fundamentales y los intereses vitales de las minorías deben ser constitucional e institucionalmente tenidos en cuenta. Hay que concebir, elaborar y poner a prueba una nueva teoría de los conjuntos geopolíticos, geoestratégicos y geoeconómicos. Los precedentes son pocos pero existen: la Commonwealth, la Comunidad Europea, la Federación India, Estados Unidos.

El mundo comunista dirigido desde Moscú se ha dividido en veintisiete entidades independientes, y las dos terceras partes de estos Estados están formados en un veinte por cien por minorías, situación beligerante que lleva a una multiplicidad de guerras civiles complicadas en la mayoría de los casos con vínculos exteriores.

Europa se encuentra hoy en una posición geográfica particularmente peligrosa frente a la amenaza de flujos migratorios que pueden llegar simultáneamente del Este y del Sur. Este hecho indiscutible debería dar origen a la idea de una política europea concertada, adaptada a esta situación de gran vulnerabilidad.

¿La guerra civil mundial?

En los últimos años se ha desarrollado una zona de depresión desde el estrecho de Bering hasta el Cabo. Esta zona se ha transformado en el transcurso de los diez últimos años en un arco de crisis tras la quiebra simultánea de tres mundos: el mundo comunista, el mundo árabe-musulmán y el mundo africano negro. Por la multiplicación de las Bosnias, las Georgias, los Kurdistanes, los Líbanos, las Liberias y las Somalias, se ha acrecentado el peligro de vernos arrastrados a una guerra civil mundial que se parecería cada vez más a una guerra revolucionaria generalizada, uno de cuyos efectos más devastadores podría ser el nacimiento y desarrollo de un cataclismo que provendría de un desbordamiento del flujo migratorio.

Observamos desde hace poco la presencia de conflictos de un nuevo género bajo la forma de guerras civiles provocadas por el repliegue de los excluidos y de las minorías del mundo moderno sobre nacionalismos, particularismos y sectarismos, ya sean ideológicos, étnicos, religiosos, culturales o económicos y sociales.

En cierto modo hay algo de común en los motivos que animan los micronacionalismos de los Balcanes y del antiguo imperio soviético, los fundamentalismos del mundo árabe, los tribalismos africanos, los reductos extremistas o anarquistas de Europa occidental y, en un próximo futuro, los grupos sociales profesionales marginados en los países ricos por el progreso tecnológico, la productividad y la mundialización de la tecnología.

Ya no hay amenazas precisas como las que en otro tiempo representaron Alemania o Rusia, pero existen muchos más riesgos relacionados con esta multiplicidad de tensiones provocadas por la multiplicación de conflictos interiores, los cuales tienen propensión a extenderse y a relacionarse unos con otros en un contexto que podría llegar a ser el de una guerra civil mundial.

Esta situación hace desaparecer la gran oportunidad del Viejo Continente, que parecía llamado a desempeñar en este fin de siglo el papel principal de polo de desarrollo de los países del Este y del Sur en el contexto de una paz recuperada y de una prosperidad en desarrollo. Desgraciadamente no hay nada de ello. La evolución política y económica actual, unida al desarrollo de la inseguridad debida a las guerras civiles, hunde a estos países en la incertidumbre, y puede ahora darse el gran peligro de ver a corto plazo cómo poblaciones enteras se desplazan del Este hacia el Oeste y del Sur hacia el Norte para huir de los peligros de la guerra y de las consecuencias del hambre. Este nuevo contexto constituye el mayor de los factores de obstrucción para el establecimiento de un orden mundial que se ha convertido hoy en una condición necesaria para el funcionamiento de nuestro universo común.

Comprobamos, en efecto, que los países de la Unión Europea se ven cada vez más sobrepasados, de forma significativa, por la mundialización de la economía en un contexto de productividad y de competencia, así como por la modernización de la vida diaria y las sacudidas continuas que esto entraña para la sociedad. De igual modo, observamos que se plantean cada vez menos problemas de defensa nacional a cada uno de estos Estados, pero cada vez más problemas de seguridad colectiva. Por consiguiente, hoy es necesario que los gobiernos de los Estados europeos tomen conciencia de que ahora es imperativo idear sin tardanza las estructuras necesarias para dirigir y tratar de forma combinada las crisis internacionales después de haberles otorgado las competencias convenientes.

Esto significa que, de acuerdo con las circunstancias, debe surgir sin pérdida de tiempo, de la confusión derivada de las diferencias políticas que emanan de los Estados, un verdadero poder político transnacional o supranacional capaz de decidir y de actuar, tanto en el nivel internacional que constituye el Consejo de Seguridad de la ONU y su Secretariado General, como en el nivel intermedio de la Unión Europea, desprovista en la actualidad de toda organización

Europea, desprovista en la actualidad de toda organización adaptada a las crisis.

Llegados a este punto, es indispensable precisar que estos nuevos poderes deberán disponer de todos los medios y de todas las competencias que permitan actuar, muy especialmente en el ámbito humanitario y en el militar. A falta de ello, la comunidad internacional, y en especial la Unión Europea, se verán arrastradas, lo quieran o no, a la propagación del caos por el desarrollo y el entrelazamiento de guerras civiles que pueden generalizarse en una guerra civil mundial.

Es evidente que en este contexto la posición de Estados Unidos al lado de Europa constituye una condición necesaria, al menos hasta el fin de este siglo, pero hay que concretar desde ahora que cada vez será más conveniente y poco a poco, tener en cuenta el advenimiento de nuevas potencias mundiales como China o la India. Debe advertirse que aquellos que más reprochan a las instancias internacionales y a Europa sus debilidades respectivas son, del mismo modo, los que les niegan la transferencia de competencias adecuadas.

El peligro de una guerra civil mundial no declarada es una situación de hecho que se propaga insidiosa y progresivamente, enmascarando su causa principal, que es la disfunción profunda que existe hoy entre el nuevo estado del mundo, de las relaciones internacionales y de la sociedad, y su organización actual. El aspecto larvado y discontinuo de la evolución de las situaciones de conflicto confunde así a la mayoría de los observadores, si no de los dirigentes.

El nuevo tipo de conflicto que se desarrolla hoy bajo la forma de guerras civiles, de luchas interétnicas o religiosas, borra, como las guerras subversivas, los límites tradicionales entre la estrategia y la política: el objetivo principal es menos la conquista de territorios que la de las mentes.

Principios y concepto de la seguridad colectiva

En este nuevo tipo de conflicto es mucho más importante precaver que curar. En efecto, del mismo modo que frente al sida no disponemos realmente de una terapia apropiada, las medidas son, pues, preventivas. Consisten en evitar, dentro de lo posible y al máximo, todo lo que conduzca al nacimiento de nuevos Estados por la aplicación abusiva del derecho de los pueblos a la autodeterminación, que conduce a la aparición de nuevas soberanías no viables en lo político, lo étnico o lo económico, lo cual crea, por este mismo hecho, conflictos internos. La guerra actual de Bosnia se explica en parte por un error de juicio de los europeos occidentales. La Comunidad se comprometió imprudentemente, detrás de Alemania, en el reconocimiento sobre la marcha y sin precaución de la soberanía de Croacia y Eslovenia, lo que hacía inevitable la independencia de Bosnia, territorio en el que se reúnen artificialmente comunidades hostiles entre sí y que disponen de apoyos exteriores.

Conviene, además, considerar que la ley fundamental de la democracia mayoritaria ya no es hoy una solución deseable ni viable para guiar las relaciones existentes en el interior de conjuntos heterogéneos en lo económico, político, social, etcétera. Por el contrario, los valores fundamentales y los intereses vitales de las minorías deben tenerse en cuenta constitucional e institucionalmente. La tentativa de creación de una Suráfrica nueva, tras el *apartheid*, corre el peligro de fracasar lamentablemente y de llevar a una nueva guerra civil por haber ignorado esta realidad fundamental.

Es preciso concebir, elaborar y experimentar una nueva teoría de los conjuntos geoestratégicos. Existen precedentes modernos. Se trataría, en efecto, de conciliar la unidad con la diversidad para tratar la complejidad. Podemos citar ejemplos como la Commonwealth, la Unión Europea, la Federación India o Estados Unidos.

A falta de tal opción, el mundo tiene todas las probabilidades de oscilar peligrosamente entre el desarrollo de la anarquía del feudalismo y la vuelta inexorable de nuevos imperios que, como el ruso y el islámico, vendrían a llenar el vacío al que tiene horror la naturaleza y que amenazaría el equilibrio europeo.

En la esfera de la táctica y de la técnica pueden ser útiles otras observaciones o advertencias. La estructura de las fuerzas que animan los conflictos de los que acabamos de hablar y sus medios, igual que sus procedimientos, se diferencian de los de las fuerzas militares. Constituidas por militantes y partisanos, están adaptadas a la acción político-militar que permite sostener la lucha tanto sobre el terreno bélico como sobre el terreno puramente político; practicando alternativa o paralelamente la guerrilla, el terrorismo, el sabotaje, la acción psicológica, incluso diplomática, en el marco de una estrategia que pretende ser global.

La logística de tales fuerzas precede, en lugar de seguir, como es el caso de los ejércitos convencionales. El armamento, las municiones, los aprovisionamientos instalados por la antigua Yugoslavia en función de su doctrina de defensa popular generalizada en medio de una resistencia, explica en parte la ineficacia del bloqueo y la duración e intensidad de los combates actuales. La organización de la información y de los enlaces constituye la verdadera osamenta de tal sistema, al cual proporciona, simultáneamente, información polivalente, seguridad, eficacia y coherencia en la ejecución de una estrategia que pretende ser global.

Frente a tales fuerzas y en conflictos de esta naturaleza, las potencias convencionales, los aparatos diplomáticos y las fuerzas militares clásicas están, en la mayoría de los casos, desguarnecidos estructuralmente, sobrepasados y carentes de adaptación. La política tradicional, la estrategia convencional y las tácticas habituales se convierten en la mayoría de los casos en inoperantes. Hemos conocido ya estas evoluciones críticas en el cara a cara que hemos vivido, en el transcurso de la descolonización, contra las fuerzas revolucionarias y los movimientos de liberación en Asia, África y América Latina. Tuvimos entonces ocasión de aprender los principios y los mecanismos de la guerra del débil contra el fuerte. Ha

llegado el momento en el que necesitamos recordar estas enseñanzas e imaginar nuevas soluciones adaptadas a las situaciones actuales y a su desarrollo.

Tres géneros de misión pueden concebirse en el ámbito de estos conflictos con la intención de evitar que degeneren y deriven hacia flujos migratorios: la misión humanitaria, la misión de mantenimiento de la paz y la misión de restauración de la paz o pacificación.

La misión humanitaria no corresponde a las misiones que pueden confiarse a una fuerza militar cuyo objetivo esencial no puede ser otro que destruir a las fuerzas enemigas y ocupar el territorio. En todo caso, esta misión corresponde naturalmente a la Cruz Roja Internacional u organizaciones semejantes, que pueden ser reforzadas en función de las circunstancias por medios de apoyo que proceden de los ejércitos: logística, sanidad, transmisiones. Estas organizaciones no pueden y no deben desempeñar más que un papel de ayuda humanitaria y no una misión de combate, para el cual no han sido ideadas. Deben evitar implantarse en las zonas de combate para evitar convertirse en rehenes.

La misión de mantenimiento de la paz es diferente. Para empezar, no debe pensarse en ella más que cuando se ha concluido la paz y se ha adoptado un armisticio duradero sobre bases admitidas por todas las partes. Debe confiarse a fuerzas especiales concebidas, organizadas, instruidas y entrenadas para formar destacamentos operativos capaces de llevar a cabo simultáneamente, a una escala estratégica determinada, la información, la acción y la protección bajo la dirección de una central de acción que disponga de competencias políticas, diplomáticas y militares. Estados Unidos y la mayoría de los grandes países europeos poseen medios para crear tales fuerzas.

La misión de restauración de la paz o de pacificación consiste, en realidad, en devolver a la civilización regiones enteras que han caído en la barbarie, como no está lejos de ocurrir en Somalia o en Liberia. Tal operación se dividiría en dos fases, una primera sería una acción de pacificación como las que conocimos a lo largo de la colonización y cuyo fin es destruir los reductos feudales; la segunda sería una fase de reestructuración política, económica, social y cultural de las sociedades que hayan caído en la anarquía después de la desaparición de todo poder constituido tras una guerra civil larga y larvada. Tal empresa no puede ser, en nuestra época, tarea de una nación, ni siquiera de una comunidad como Europa: debe atraer sobre sí la voluntad de la comunidad internacional, que necesitaría previamente reestructurarse en el ámbito de los poderes y de los medios del Consejo de Seguridad de la ONU.

La Unión Europea debe vivir desde ahora con la preocupación de manejar la enorme presión migratoria que puede nacer a la vez de las diferencias de ingresos y de natalidad y de las guerras civiles que se desarrollan en el Este y en el Sur.

Los movimientos demográficos y sus corolarios de flujos migratorios constituyen sin duda la amenaza más inquietante para Europa. Al comienzo del siglo XX, el 27 por cien de los habitantes del planeta eran europeos;

hoy, el 14,8 por cien; mañana, en una generación, no seremos más que el 10 por cien. Esta observación viene a decir que los europeos estarán en el mundo planetario en la posición de los blancos de Suráfrica de hoy. Si se comparan las cifras del desequilibrio demográfico con las cifras del subdesarrollo, no es posible dejar de hacer propia la conclusión a que llegó en 1984 el grupo de estudiantes "Angloamerican": "¿Es posible construir mañana un mundo en el que varios millones de viejos ricos puedan coexistir con millares de millones de jóvenes pobres?".